

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José Ángel Sánchez Asiáin

Pienso que todos los aquí presentes conocimos bien a Enrique Fuentes. Y que todos conocemos su historia y su ejecutoria. Que le admiramos, y que en muchas ocasiones nos sorprendimos por la amplitud y diversidad de sus actividades, por la profundidad con que las trataba, por la facilidad que tenía para abordar los problemas, por su habilidad para buscar complicidades en las aventuras que emprendía, y por cómo sabía explicar los resultados y las conclusiones de sus investigaciones. Pero también sabemos que, a la hora de rendirle homenaje desde esta Academia, que tan orgullosa debe sentirse de haberle tenido dieciséis años como Presidente, no es nada fácil hacer un resumen de su notable aportación a la sociedad española.

En todo caso, un resumen de su vida profesional debe empezar por recordar que Enrique Fuentes Quintana fue un notable economista, un magnífico docente, un investigador indiscutible y un destacado comunicador. Pero yo me voy a atrever aquí, esta tarde, a añadir una nueva dimensión de su persona, que puede deducirse, así lo pienso, de la contemplación conjunta de esos cuatro oficios que Enrique ejerció a la vez. Porque si logró los resultados que conocemos, espléndidos en cantidad y en calidad, y multiplicó notablemente las sinergias entre ellos, tuvo que ser, necesariamente, porque también fue un gran gestor. Un organizador nato.

* * *

Desde luego, y en primer lugar, fue economista. Todos sabemos que le gustaba presumir de ser “un economista de acción”, y no sólo un teórico. Y así lo fue. Un notable y acreditado economista. Y como tal tuvo la suerte y el honor de estar presente en todas las grandes batallas que en España se libraron en su tiem-

po en el terreno de la economía, que fueron muchas, y a las que siempre se entregó con una dedicación tan intensa que desbordaba todos los límites, como correspondía a su propia vitalidad.

Así, y en 1957, fue responsable en alto grado de la devaluación de la peseta y de la unificación de los tipos de cambio. Y cuando en el 58 hubo necesidad de elaborar la primera Contabilidad Nacional de España, allí estaba, junto a Valentín Andrés Álvarez, preocupado por dar forma a un instrumento del que tanto se esperaba, como el de las tablas *input-output*. Y en primera línea estaba cuando se elaboró el Plan de Estabilización de julio del 59, que hizo posible el espectacular crecimiento económico de la década de los sesenta. Posteriormente, jugó un papel de excepción en la definición y planteamiento de los planes de desarrollo. Especialmente desde la Comisión Consultiva que había creado López Rodó, y en la que Fuentes Quintana llevaba la batuta en el debate sobre cómo restablecer en España los equilibrios económicos.

Y en primera línea cuando hubo necesidad de hacer los ajustes necesarios para abortar la crisis económica del 75, cuyo tratamiento dio lugar a los Pactos de la Moncloa. Porque al final resultó que él era el que había hecho posible que aquellos pactos pudieran firmarse. Unos pactos que le exigieron un tremendo esfuerzo intelectual para introducir en el país un sustancial cambio conceptual en la base de la política económica. Porque la preocupación de Enrique, en aquellos momentos, sobre la posibilidad, que él veía cercana, de que en España se aplicara una política económica de naturaleza keynesiana era creciente. Y lo era porque, en su opinión, esa política no podía ofrecer las soluciones que requería la economía española. De esta manera, asumió la tarea de advertirnos, una y otra vez, y por todos los medios, que nuestra admiración por Keynes no podía llegar a constituir una servidumbre que hipotecara las soluciones más válidas para la economía española. Lo consiguió.

Y batalla notable fue tratar de poner en marcha la reforma tributaria que exigía el país, y que él ya tenía definida y preparada, pero que a muchos no gustaba. De esto hablaremos más tarde. Y desde luego estuvo en primera fila en todos los momentos de la integración de España en Europa, y en todas las etapas de su preparación, que, como sabemos, fueron muchas.

* * *

Fue también un magnífico docente y académico. Pero un docente vocacional. Nos lo dijo él mismo en su discurso de investidura como Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Valladolid, cuando recordaba que había sido su vocación pedagógica la que le había llevado a la Economía, y no su interés por las materias económicas lo que le había llevado a la enseñanza. Ejemplo de esa vocación

fueron las clases que de joven daba a los niños de Carrión de los Condes, simplemente “por el placer de enseñar”. Y lo fue su docencia ininterrumpida desde 1952, año en que se hizo cargo de la asignatura de Economía Española en el Instituto de Estudios Fiscales. Luego vinieron tres cátedras por oposición. Y diez centros más en los que explicó Economía y Hacienda Pública. Y ocho universidades que le recibieron como Doctor *Honoris Causa*. Y ejemplo es de esa vocación, el que en 1959, y juntamente con nuestro compañero Juan Velarde, llevaron a cabo el primer intento realizado en España para introducir los estudios de Economía en la Segunda Enseñanza. Un intento coronado por el éxito.

* * *

Fue también un investigador indiscutible, profundo, constante, como se requiere en ese oficio. Siempre sabiendo lo que buscaba. Investigador tanto desde el punto de vista personal, porque a Enrique le gustaba investigar y lo hizo en alto grado, como a partir de la creación de grupos de trabajo para promover la investigación multidisciplinar, que fue otra gran aportación suya a la sociedad española. Su primer trabajo de investigación fue su tesis doctoral en la Facultad de Derecho, “Salario y ocupación. La teoría keynesiana como análisis cíclico”. En ella desarrolló su “posible aplicación a la política económica española”. Una investigación que se convirtió en su Biblia particular para navegar por la economía de nuestro país, y que le procuró grandes satisfacciones.

Pero desarrolló muchísimas, muchísimas más investigaciones. Y muy importantes. Sólo quiero citar una. La que durante años llevó a cabo sobre nuestro sistema tributario. La inició en 1940 con un trabajo que publicó en *Anales de Economía*. La completó a lo largo de los años con otras investigaciones parciales. Y la terminó, treinta años después, con su definitivo “Informe sobre el Sistema tributario español”. Cuatro tomos que ya estaban preparados para convertirse en la urgente reforma tributaria que España necesitaba. Y hasta tal punto estaba ese proceso avanzado, que el ministro de Hacienda de aquel momento, Monreal, convocó una reunión con altos funcionarios del Ministerio para perfilar la presentación de la reforma. Y Fuentes Quintana, que entonces era Director del Instituto de Estudios Fiscales, presentó el proyecto a Franco en el Palacio del Pardo. Esto fue el 10 de junio de 1973. Pero al día siguiente, el día 11, Monreal fue cesado como ministro de Hacienda, fracasando el intento de introducir en España una moderna reforma fiscal.

Pero Enrique siguió en la brecha, y dos años más tarde puso de largo esa propuesta en esta Real Academia como su discurso de ingreso. Y en aquel momento nos explicó las “claves” de la reforma que él proponía y que, de alguna manera, aclaraban lo que estaba sucediendo. Aspiraba, dijo, a evitar que la irracionalidad de los tópicos, o la acumulación de sofismas, crearan el ambiente de confusión

social preciso para que el poder político sucumbiera, o capitulara, ante los intereses de grupos, impidiendo edificar una sociedad más abierta, más dinámica, y más justa. El profesor Castañeda fue el encargado de contestar a ese discurso. Y terminó el suyo, cerrando el acto, con la categórica afirmación de que el gigantesco problema que estaba planteando a la economía española nuestra anticuada fiscalidad deberían resolverlo los políticos cuando las circunstancias les fueran propicias. Pero que el minucioso y concienzudo estudio que presentaba el profesor Fuentes Quintana dejaba ya nítidamente planteada la solución, con lo que podía decirse que ya se había recorrido más de la mitad del camino. Es claro que en aquellos momentos el profesor Castañeda no podía imaginar que iba a ser el mismo Fuentes quien, cuatro años más tarde, y ya vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía y Hacienda, recorriera por su propio pie la otra mitad que le faltaba, poniendo en marcha una reforma que se estaba retrasando más de lo debido, dañando irremediabilmente la economía del país.

* * *

También está fuera de duda que fue un destacado comunicador, cuyo afán era ofrecer a la sociedad todo el conocimiento que iba siendo capaz de generar. Lo hizo a través de todos los medios disponibles: en su cátedra, en la radio, en la televisión, en la infinidad de artículos que escribió. Pero, muy especialmente, a través de “su” colección de revistas. Y digo de “las suyas”, porque las creó nuevas, o las cambió totalmente cuando pasaron a ser dirigidas por él. Fueron muchas, y algunas terminaron siendo las grandes revistas del país. No parece necesario citarlas, pero yo he contado hasta catorce. De ellas se ha dicho que constituyen el principal depósito de ciencia económica en España en la segunda mitad del siglo pasado. Y se ha dicho que, con esas publicaciones, Enrique llenó el enorme agujero negro de la cultura y la información económica, logrando traer a debate ante el gran público los más acuciantes problemas económicos.

De las magníficas intervenciones a que han dado lugar los innumerables homenajes que en estos días se le han tributado, quiero destacar ahora una, especialmente válida para entender mejor ese sentido de la comunicación que indiscutiblemente tenía. Me refiero a las palabras del Presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, Fernando González Urbaneja, cuando, en el homenaje organizado por el Colegio de Economistas, nos explicaba la enorme influencia que entre los periodistas tuvo el profesor Fuentes Quintana durante los últimos treinta años. Una influencia sutil, a veces silenciosa, pero permanente. Y que, con el tono persuasivo y profesoral que nunca le abandonó, y con su enfoque pragmático, y su independencia, iba haciendo a la sociedad fácil receptora de las medidas económicas que él proponía como necesarias.

Pero Urbaneja nos hablaba muy especialmente de una concreta lección del profesor Fuentes Quintana, sólo de una, a la que no dudaba en calificar como la más influyente de todas las suyas, y seguramente como la más importante dada por cualquier profesor de Economía de nuestro país. Decía que solamente por esa lección, el profesor Fuentes merecía el agradecimiento de la sociedad española. Porque sus alumnos de aquel momento, una gran mayoría de ciudadanos de este país, la entendió perfectamente, y esto, de alguna manera, pudo cambiar el futuro.

Estamos hablando de la noche del 8 de julio de 1977, tres días después de que el profesor tomara posesión como Ministro y Vicepresidente, cuando apareció durante diecinueve minutos en el segundo Telediario, ante una audiencia del 70%, a la que planteó con toda crudeza, pero con toda solemnidad, el verdadero estado del país y las únicas salidas válidas, no ocultando los esfuerzos ni los sacrificios colectivos que serían necesarios para superar las dificultades económicas a partir de las soluciones que él proponía, y que iba a aplicar inmediatamente. Fue una gran lección, a cargo de alguien que tenía autoridad y credibilidad para hacerlo. Luego vinieron los siete meses y medio de Enrique Fuentes Quintana como Vicepresidente Económico. Según Urbaneja, quizá los meses más intensos y más fértiles en cuanto a reformas económicas y políticas de la historia de España. Los meses que consolidaron la transición y fraguaron la Constitución de 1978, el programa de reforma fiscal, la reforma económica y los Pactos de la Moncloa.

* * *

Cuatro facetas pues de su vida: economista, docente, investigador y comunicador. Antes he sugerido que a esas cuatro habría que añadir una quinta. Su cualidad de gestor. Porque creo que lo fue. Y que lo fue respetando en todo momento los principios establecidos, y siguiendo la ruta canónica preceptiva. Porque la organización es una disciplina con reglas y con principios. Y los que le conocimos bien podemos dar fe de que los cumplía. Porque sabía programar. Sabía planificar en el tiempo. Pero especialmente sabía combinar los recursos humanos, los equipos, que previamente seleccionaba con todo rigor. También sabía cuidar, y con esmero, el marco, los medios materiales, las instalaciones, la organización formal. Sus tareas como editor, y toda su actividad a medio y a largo plazo son un ejemplo de ello. Aunque pienso que el ejemplo más paradigmático lo tenemos en esta misma Casa. Porque cuando en 1991 se hizo cargo de la Presidencia, su objetivo no era otro que consolidar el papel que la Academia había venido jugando en la sociedad española. Algo que le exigía ajustarla a los tiempos. Y la ajustó.

Porque se dedicó con entusiasmo a algo aparentemente tan prosaico como las instalaciones de esta Casa, su organización, su financiación. Y tal como

nuestro *Anuario* nos lo recuerda, en su etapa “se modernizaron los servicios y se logró la funcionalidad que una institución de nuestro tiempo necesita para el correcto desarrollo de sus actividades”. Logró que el Ayuntamiento de Madrid nos cediera la casa de don Alvaro de Luján. Más tarde obtuvo de la Fundación Caja Madrid, y esto hay que agradecerérselo también a nuestro compañero Jaime Terceiro, que esa Caja se hiciera cargo de las obras de acondicionamiento, que ascendieron a 400 millones de pesetas. Y fue él quien, convencido de que la Academia tenía necesidad de salirse del estrecho margen que le marcaba la financiación que recibíamos del Ministerio de Educación, trabajó, y trabajó denodadamente para mejorar los servicios de la Academia que producen ingresos y para buscar protectores y financiadores privados. Como consecuencia de lo cual, la Academia ha multiplicado en los últimos siete años por casi veinte los ingresos que se producen con la venta de publicaciones. Y entidades como Caja Madrid, la Fundación Areces, Caixa Galicia, el BBVA, Iberdrola, el Instituto de Crédito Oficial y la Fundación Rafael del Pino se han ido sumando a la lista de patrocinadores de nuestras actividades. Sin olvidar que sus negociaciones con la Fundación de las Cajas de Ahorros aportaron también a nuestra Biblioteca más de 73.000 volúmenes y más de 1.200 publicaciones periódicas.

* * *

Al final, y como no podía ser menos, tuvo todos los premios y reconocimientos posibles en nuestro país. Fue Senador Real; consejero del Banco Exterior y del Banco de España, y miembro de su Consejo Ejecutivo; consejero nacional de Educación. Recibió los premios Rey Juan Carlos I, Príncipe de Asturias y Jaime I de Economía, de Ciencias Sociales de Castilla y León y de la Infanta Cristina de Economía. Asimismo, una amplia colección de condecoraciones y medallas. Fue Presidencia de esta Academia. Y fue Vicepresidente y Ministro de Hacienda de un Gobierno que abordó de verdad el cambio de España.

Recibió también, y sigue recibiendo, el reconocimiento y el aplauso de sus colegas. Se ha dicho siempre que el verdadero triunfo de un profesional sólo se consigue cuando sus iguales así se lo reconocen. Y en eso Enrique Fuentes Quintana “triunfó plenamente”. También, y como hemos tenido ocasión de ver en estos días, la sociedad entera, con sus más altas magistraturas a la cabeza, se lo han reconocido con igual plenitud. Se lo merecía.

Muchas gracias.